

La arqueología y genealogía de Foucault desde los dispositivos de control en el quehacer político*

Foucault's Archaeology
and Genealogy from the perspective
of the Devices of Control
in the Political Task

MARCELA QUIJANO RESTREPO

Especialista en Asuntos Internacionales y Abogada de la Universidad de Antioquia; candidata Magister en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente trabaja como docente en el Colegio San José de las Vegas. Medellín-Colombia. Correo electrónico: quijanomarcela@gmail.com

Recibido:
7 de mayo de 2013
Aprobado:
27 de mayo de 2013

* El artículo es un avance de la investigación que la autora está realizando para la Maestría en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana.



Resumen

El artículo analiza algunos conceptos para entender qué es y cómo funciona un dispositivo de control desde lo planteado por Michel Foucault. Dichos conceptos son: poder, saber, sujetos y objetos sobre los cuales recaen las prácticas del poder que, a partir de la arqueología y genealogía de las relaciones entre poder, vida y muerte -anatomopolítica, biopolítica y tanatomopolítica- son examinados hasta sus implicaciones políticas en la actualidad.

Palabras clave:

Poder político; teoría política; Michel Foucault; genealogía, arqueología.

Asbtract

The following paper analyses some concepts in order to understand what is a device of control and how does it work, from the perspective of Michel Foucault. Such concepts are: power, knowledge, subjects and objects that are affected by the practice of power. Such concepts are examined based on the Archaeology and Genealogy of the existing relations between power, life and death –Anatomo-politics, Biopolitics and Thanato-politics- and are even considered up to their consequences in nowadays politics.

Key words:

Political power, political theory, Michel Foucault, genealogy, archaeology.

Introducción

Las relaciones que tejen el saber y el poder sobre el cuerpo, la vida y la muerte, son un entramado de hilos que no paran de enlazarse, forman tejidos dentro del tejido inicial e incluyen otros nuevos. Pero este entrelazar hilos no es caprichoso, tiene un propósito, por tanto, existen directrices y controles que permiten llegar a la consecución de ese objetivo. En este punto el poder actúa y se vale de los llamados dispositivos de control o herramientas creadas por el poder y el saber de las cuales se vale el quehacer político para ejercer su poder y mantener lo que se ha convertido en su razón de ser. Estos se relacionan con el individuo o el colectivo, con la vida y muerte de los mismos de maneras tan complejas y dinámicas como lo es el mundo de hoy. En este escrito se define el concepto de dispositivo de control a la luz de varias puntualizaciones teóricas que permiten entender el concepto y el desarrollo que éste ha tenido en la historia o arqueología de los dispositivos de control para llegar hasta el presente o genealogía del ejercicio de poder en la sociedad actual, para comprender y reconocer las relaciones de poder sobre los sujetos, su objeto y objetivo desde de la economía política, el sujeto económico y la gubernamentalidad, elementos que definen hoy los dispositivos de control presentes en el entramado de relaciones de poder.

Dispositivos de control: relaciones entre saber-poder

En cada época el ser humano ha construido sus propios discursos ideológicos frente a sí mismo y el poder. Estos discursos ideológicos no son verdades en sí, pues, si tal fuera el caso, no podrían variar de época en época y serían interpretados de manera inequívoca por los seres humanos, lo que genera, a su vez, uniformidad de comportamientos. Los discursos ideológicos, por ser construcciones humanas, reflejan los discursos y saberes a partir de los cuales el ser humano y la sociedad como tal se relacionan con el poder en determinado momento histórico. Estas formas de relacionarse con el poder son variables como los discursos que las apoyan.

En este sentido, es preciso recordar el denominado “perspectivismo” de Nietzsche para entender que la realidad se capta desde múltiples lecturas humanas, es decir, existen tantas realidades políticas como sujetos que las analizan y se ocupan de ellas, así que también puede haber multiplicidad de maneras de entender la

racionalización que otros han hecho sobre esta realidad. El poder debe ser estudiado desde una perspectiva histórica e interpretativa para permitir que, desde su análisis, sea posible construir un pensamiento más libre en el sentido vital y, sobre todo, para que parte de esa realidad que se ha construido ofrezca “verosimilitud pero no verdad” (Díaz, Cachetto, Genise & Pardo- 1998, pp. 93 -108).

De acuerdo con lo anterior, se debe entender que el presente análisis brinda una perspectiva de los dispositivos de control a partir de lo planteado por Michel Foucault y los cambios históricos analizados por éste desde la arqueología y genealogía de algunos dispositivos de control que fueron tema de sus escritos como la locura, la sexualidad y el sistema punitivo o penal. También se retoman puntos conceptuales esenciales desde Foucault como el poder, el saber, el cuerpo individual o colectivo y la vida o muerte, como se verá inmediatamente.

Conceptos fundamentales de los dispositivos de control

El poder, en su ejercicio o quehacer político, debe entenderse como una cualidad humana que recae sobre un sujeto en particular que se entiende como individuo o especie; este sujeto es el cuerpo que “está directamente inmerso en el campo político” y, en este sentido, las relaciones de poder moldean sus comportamientos valiéndose de diferentes medios, no sólo para que encaje en la sociedad, sino también, para que sea una fuerza útil y productiva para ésta (Foucault, 2010, p.35).

Por su parte, el saber se entiende como aquellos discursos específicos de la racionalidad en cierto momento histórico y que vinculan estrechamente al poder y sustentan sus prácticas en conceptos; juntos producen la verdad, no entendida como una verdad epistemológica ni como lo que identifica lo falso de lo verdadero sino como la conjunción de saber-poder que permite separar lo “incalificable científicamente de lo calificable” o “que marca lo real en lo inexistente” (Foucault, 1978, p. 173), y lo somete en forma legítima a la división de lo verdadero y lo falso” (p. 39).

El cuerpo, como sujeto político, es sobre lo que recae el saber o discurso, al igual que las mediaciones o materializaciones del saber que completan el engranaje del poder sobre los sujetos. Las materializaciones dadas en forma de instituciones, reglas, procedimientos mecanismos, organizaciones, entre otros, establecen la relación con los objetos del cuerpo o sujeto, es decir, con la vida y la muerte, ayudan a encauzar las conductas humanas individuales y colectivas de forma tal que se controle al sujeto y los objetos de este cuerpo con el fin de cumplir los objetivos que le son propios al discurso de poder en algunos momentos históricos.

El ser humano no ha sido soberano de su vida o de su muerte, no tiene potestad sobre éstas; ellas le son ajenas en la medida en la que están fijadas por el poder y el saber y mediadas para tal fin por dispositivos de control. Los discursos ideológicos, sus materializaciones, los dispositivos de control de los cuales se valen para conseguir sus fines, así como las relaciones entre sujeto y objetos del poder, han cambiado históricamente. Antes se hablaba de una relación ilimitada del poder sobre el sujeto¹, en la que el soberano era quien ejercía el poder absoluto sobre la vida y la muerte de sus subyugados, ahora se está en presencia de una relación condicionada e indirecta en la que el individuo cree que tiene libertad y potestad sobre su vida y su muerte, en tanto el poder solo interviene como un medio para que el individuo y la especie se multipliquen y sean útiles para los fines del poder (Foucault, 2007a, p. 164).

Las relaciones entre el sujeto o cuerpo individual o colectivo y los objetos vida y muerte se relacionan entre sí, recíprocamente y se produce lo que Foucault denomina anatomopolítica, biopolítica y tanatomopolítica. Así, cuando se relaciona el sujeto individual o individuo con el objeto vida, se está haciendo referencia a la anatomopolítica o relación de poder con el individuo sobre la vida. Cuando se relaciona al sujeto colectivo o especie con el objeto vida, se hace referencia a la biopolítica o forma de relacionarse el poder y la especie frente a la vida. Por último, la tanatomopolítica, hace referencia al sujeto individual o colectivo frente al objeto muerte. En otras palabras, si las otras hacen referencia a la política de conservación de individuo o especie frente a la vida, la tanatomopolítica hace referencia a las políticas de eliminación frente al individuo o a la especie. Las herramientas del quehacer político que controlan la vida o muerte del sujeto político individual o colectivo son los llamados dispositivos de control.

Éste último, se entiende como una fisura o rompimiento en el sistema que genera una red, un entramado de relaciones de poder o conjunto heterogéneo que, a su vez, produce variaciones, bifurcaciones, derivaciones (Deleuze, 1988, p.1); es un entrecruzamiento de las relaciones de poder y saber que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales,

1 Foucault (2007a) explica cómo los objetivos del poder en el Estado Policía son ilimitados; sin embargo, es importante la conciencia de la existencia de barreras o "mecanismos de compensación" (p.23) si se quiere que ponían algún límite a ese ejercicio de poder. Entre estos frenos se encuentran el derecho y la teología. Este es uno de los cambios en la razón de Estado de Medio Evo por ejemplo, donde el poder jurisdiccional, el derecho, servía al soberano, luego el derecho será no un multiplicador sino un sustractor del poder real y actuará como apoyo para el ciudadano que quiera limitar el Estado.

filantrópicas (Agamben, 2011, p. 250) entre otros elementos de lo discursivo y no discursivo. Estos elementos se interrelacionan entre sí y forman una red que se complejiza continuamente, inscribiéndose siempre en las relaciones de poder frente al sujeto con el fin de controlar su forma de vida o de ejercer soberanía sobre su vida y muerte.

Así, los dispositivos de control y el sometimiento del ser humano frente a éstos no surge de una predeterminación del saber y el poder como tal, no es un complot histórico o un plan estructurado hasta sus últimas y más específicas consecuencias, si bien es fijado o favorecido por quienes ejercen el poder, es un producto de cambios producidos en determinados momentos históricos que pueden o no haber sido percibidos y que lograron afectar no sólo los discursos o las mediaciones de éstos sino también la moral misma; son cambios que, al parecer, afectan la “sensibilidad colectiva” (Foucault, 2010, p.32), alteraciones que logran que el poder y el saber produzcan técnicas políticas que controlan el cuerpo humano y logran, en mayor o menor medida, que éste le sea útil a los fines del poder.

Pasado y presente de los dispositivos de control

En estos dispositivos es posible hablar de un antes y un después, de evoluciones, si se quiere, pues no todo se modifica. Los controles pueden partir de unos mismos principios –como se verá en el paso del Estado Policía a la economía política o gubernamentalidad- y cambiar o acentuar discursos y prácticas de manera que se adapten al momento histórico.

Para comprender lo que se hace en el análisis de Foucault es necesario partir de los dispositivos de control desde de la descripción de prácticas que conceptualicen y desarrollen unos universales, no se parte desde los paradigmas o generalidades de la historia que cuentan los que gobiernan o los que ya están escritos como tal, sino a la inversa del historicismo. Esto se entiende con lo que decía y se preguntaba Foucault (2007a) para estudiar la locura: “Supongamos que la locura no existe ¿cuál es la historia que podemos hacer de esos diferentes acontecimientos, esas diferentes prácticas que, en apariencia, se ajustan a esa cosa supuesta que es la locura?” (p.18). Pues si el autor analizara las prácticas a partir de los universales, entonces estaría observando sólo lo fenómenos que para esos universales existen no los que subyacen, son excluidos de él o los que se ven de otras maneras a la luz del mismo.

Para Foucault (2007a) es necesario comprender estos dispositivos desde de una nueva visión de la historia en la que se examinen los regímenes de veridicción o “conjunto de reglas que permiten respecto a un discurso dado, establecer cuáles

son los enunciados que podrán caracterizarse en él como falsos o verdaderos” (p.53); la historia de la veridicción es la que importa políticamente, pues, une el régimen de verdad histórico con las prácticas gubernamentales. No importa la historia de lo falso o verdadero, de los vencedores, sino la historia de relevante políticamente a través de los regímenes de veridicción. Puede que la locura, como se la conoce hoy, no existiera, pero los discursos y prácticas de una época determinada la incorporaron en la esfera del poder y del saber. Por tanto, y desde esa incorporación, la locura se analiza desde la veridicción, o sea, desde la verificación o falseamiento de la misma.

Pasado o arqueología de los dispositivos de control en la anatomopolítica

La indagación debe realizarse desde el pasado o arqueología unida al análisis de lo presente o genealogía como un método completo de indagación de la historia, como se comprende a continuación en la línea Foucault.

La arqueología, como forma de indagación por el pasado permite describir, ordenar, registrar e interpretar acontecimientos humanos desarrollados en el tiempo que siguen una evolución de lo enunciativo y conceptual de los dispositivos de control. Este manuscrito remitirá a algunos ejemplos históricos que permitan comprender mejor el concepto de dispositivo de control, su desarrollo y funcionamiento. Sea oportuno en este punto, antes de iniciar los ejemplos, reiterar que los dispositivos de control están ligados a la forma de entender el mundo en un momento dado.

Es preciso iniciar con una aproximación a la arqueología de la anatomopolítica moderna, partiendo de los siglos XVII y XVIII en los cuales se vive un cambio fundamental en cuanto a la relación del cuerpo con el poder y, por tanto, un cambio en la forma de pensar y ejercer el poder mismo. En un momento anterior, el poder se ejercía directamente sobre el sujeto por parte del soberano por medio del suplicio como forma de controlar las conductas indebidas o no queridas que ponían en riesgo la soberanía misma y que se intervenían a través de toda una maquinaria de poder, lo cual es analizado a partir del sistema punitivo por Foucault en *Vigilar y castigar*. En los siglos XVII y XVIII, el poder ejercido de forma inhumana, esto es, el exceso de poder, llevó a protestas que frente a los abusos demandaban leyes que rigieran para todos y legitimaran el poder del soberano junto con sus acciones; así mismo, se generaron revoluciones que hicieron posible y necesaria la redistribución del poder y el ejercicio de una economía sobre el mismo (Foucault, 2010, p. 92). Estos esfuerzos y luchas dieron sus frutos y lograron cambiar la relación poder sujeto.

Por el derecho y su desarrollo, así como por la idea de democracia, la forma de Estado que proponía y sus principios, el poder tuvo límites en las normas que regían para todos y que se amparaban en la libertad y la igualdad, así como en la concepción de los derechos individuales como algo natural para el hombre, lo que brinda una doble garantía de universalidad. Paradójicamente, mientras más derechos y libertades frente al soberano se dieran, más oportunidad de control se tuvo desde el poder, pues, para garantizar estas conquistas el individuo debía aconductarse y regularse de acuerdo con los fines del Estado.

El Estado, creación humana, realidad inacabada y, por tanto, en sus fines igualmente variable e inacabado, seguía como uno de sus objetivos cumplir el principio de la realidad económica mercantilista del momento, el cual profesaba que mientras más riquezas tuviera un Estado más fuerza y poder podría detentar. Esto último generaba que el Estado tuviera que observar y tratar al sujeto de manera individual y colectiva como una fuerza de trabajo que había que cuidar, desarrollar, maximizar y utilizar para conseguir los fines históricos. Así, los individuos emancipados, empezaban a conseguir derechos legalmente constituidos pero igualmente con la obligación de comportarse de acuerdo con la sociedad que ellos mismos habían pedido: un ambiente propicio para el control no sólo de las sociedades sino de la fuerza de trabajo. La relación con el individuo se daba en cuanto a la utilidad, por eso se promueve su cuidado y control.

A la par de que se crean límites de hecho y de derecho al soberano, se crea una nueva forma de pensar y ejercer el poder más coherente con las realidades del momento marcadas por lo económico. En el *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault (2007a) argumenta que en lo político, la razón de Estado cambió y con ella el ejercicio del poder (p. 26). Esta variación se da en el siglo XVIII y se caracterizó por mantener los principios del mercantilismo de forma tal que le permitieran adaptarse a las necesidades poblacionales, de progreso e industrialización de ese momento histórico.

Este siglo fue el del Estado Policía, caracterizado por que el soberano representaba la razón de Estado -era la administración en sí-, los límites del poder eran aquellos dados por el Estado y el problema de la veracidad sobre el ejercicio del poder lo establecía la legitimidad o no del gobernante así como de su ejercicio del poder.

Ahora bien, en el siglo XVIII el cambio en la relación del poder con el sujeto y, por consiguiente, en la forma de pensar y ejercer el poder dará origen a la biopolítica, de la cual ya se empezó a esbozar su arqueología y a continuación se profundiza.

El presente o genealogía de los dispositivos de control y el nacimiento de la biopolítica

En el siglo XVIII, la razón de Estado ya no es la “ilimitada” del Estado Político, pasa a ser la gubernamentalidad o el ejercicio de autolimitación del Estado. Para este momento, quienes ejercían el poder lo hacían con los principios de la economía, el mercantilismo se transformaba en capitalismo a partir del mismo sustento del liberalismo económico y político que se venía desarrollando. Es precisamente el liberalismo lo que para Foucault daba la nueva razón de Estado basada en la economía política, es decir, los principios de la economía en la estructura misma del ejercicio del poder político. Por tanto, lo económico determina lo político y no a la inversa, como se daba antes.

Los límites del gobierno se acentuaron a medida que aumentaron la carta de derechos del hombre y las normas que rigen las sociedades. El derecho se convirtió en una herramienta eficaz en la que se apoyaban los ciudadanos para hacer valer sus derechos, ya no era sólo el instrumento más efectivo en el que sólo el Estado se apoyaba y aseguraba su legitimidad (Foucault, 2007a, p. 23). El ciudadano desliza la esfera privada de la pública y es quien decide en qué momento el Estado interviene en su esfera personal. Así, la intervención estatal ya no se justifica por el control en sí y la defensa de la legitimidad sino si ésta es útil o no, si se justifica o no y hasta qué punto, tal y como se piensa en consonancia con los principios económicos liberales. La práctica o quehacer político ya no se da con la legitimación sino con la verdad de la economía política, que tiene su explicación y fundamentos en la economía liberal, como se analizará más adelante.

En el siglo XVIII la economía creció y tuvo que cambiar. Lo que se vivía en ese momento -el desarrollo de la industria, el crecimiento del mercado, del capital y de la, sin duda, necesaria fuerza de trabajo en la sociedad- aseguró que el liberalismo económico se insertara en el corazón mismo del Estado sin ser el Estado o confundirse en él; economía y política se diferencian como ciencias, pero la economía logró la incorporación de principios como *laissez-faire*, la no intervención del Estado en la economía, la Mano invisible de Adam Smith, y la visión del funcionamiento natural del mercado en la política, su discurso y sus prácticas. (Foucault. 2004, p. 337).

Este cambio afectó, como lo había hecho en ocasiones anteriores, la relación del cuerpo con el poder y del poder consigo mismo. La relación del cuerpo con el poder ya no será sólo del sujeto individual sino, también, de la incorporación del colectivo -como fuerza general y abstracción del individuo-. El control, por con-

siguiente, recayó en ambos sujetos de maneras diferentes pero complementarias, y da paso al nacimiento de la biopolítica y a formas de controlar más coherentes con los principios de la economía política y la gubernamentalidad, las cuales requerían de menos intervención del Estado pero de más controles que los que ya había. El poder cambió su razón de actuación de acuerdo con esta nueva realidad.

El panorama del siglo XVIII, correspondiente con la industrialización, el capitalismo, el liberalismo político, la revolución, la razón y el utilitarismo, configuró, a la par de las técnicas disciplinarias que tienen como objetivo la conservación del cuerpo individual, unos mecanismos o regulaciones que ayudarían a controlar lo que las técnicas disciplinarias ya habían trabajado. Estos mecanismos tenían como sujeto el colectivo y como finalidad seguir interviniendo y controlando la fuerza de trabajo. Para ello, se hizo necesario modificar discursos, comportamientos, pensamientos, formas de organización o agrupación, radicar la idea en cada conciencia de cuidar y utilizar el cuerpo para procurar más años, mejor salud y más bienestar, así como las condiciones colectivas en materia de salud, abastecimiento y educación para la maximización de fuerzas de trabajo. La relación industria y población es simple y se establece de manera directamente proporcional, es decir, si crece la industria, debe aumentar la mano de obra. Como la riqueza del Estado se desarrolla en el progreso de sus industrias, entonces el Estado actúa por sí mismo y, como agente económico, debe procurar las mejores estrategias para que se cumplan sus fines.

La unión de las técnicas disciplinarias sobre el individuo y los mecanismos de regulación, tienen como consecuencia una sociedad normalizadora, (Foucault. 2007b, p.175) es decir, el poder debe ser ejercido junto con los controles de manera constante mediante dispositivos como la empresa, la escuela, la cárcel, la sexualidad, la salud, el ecologismo, entre otros, para conseguir los fines gubernamentales. En palabras de Foucault (2010), lo que se hace con los cuerpos mediante las técnicas disciplinarias es aplicar “métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de las fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad es a lo que se les puede llamar disciplinas” (p. 159); luego, con los mecanismos de control, se garantiza la sujeción de la población o del colectivo a las conductas y cuerpos que el poder necesita para sus fines de manera individual y colectiva. Esta articulación de disciplinas y mecanismos fue dio sólo en el siglo XIX, con el nacimiento de la biopolítica.

La arqueología de la biopolítica presenta, entonces, la evolución de estos comportamientos humanos en el tiempo, en donde las fuerzas de trabajo, en tanto individuos, ya han sido controladas para ser optimizadas colectivamente, sin dejar de maximizar las fuerzas de trabajo individualmente.

El contexto de la biopolítica del siglo XIX se enmarca en el neoliberalismo económico, el liberalismo político, el paradigma del desarrollo o progreso y el saber como ciencia. Esta manera de ejercer el poder se da en tanto relaciones de poder con el colectivo, se favorece con las técnicas disciplinarias utilizadas en la anatomopolítica, pero, además, crea y desarrolla técnicas no disciplinarias o mecanismos que parecen no ser impositivos sino casi voluntarios. Estos últimos persiguen el mismo fin de los primeros. Son mecanismos ingeniosos que encaminan la voluntad del hombre a ver como buenos y necesarios ciertos comportamientos o acciones como especie y en tanto buenos y necesarios el colectivo los realiza sin ser obligado directamente por nadie ni nada. Estos mecanismos pondrán en consideración a los seres humanos como especie, como seres vivientes y su medio de existencia se examinará con la mirada de problemas colectivos, como por ejemplo, los climáticos, los humanitarios, los económicos y todos aquellos que la ciencia ponga en discusión y en función de la veridicción en ese momento histórico.

Frente a la anatomopolítica, la soberanía se encaminaba a hacer morir -hacer morir, dejar vivir- (Foucault, 2007b, p.164), aun cuando se veía al hombre como una creciente fuerza útil, mientras que en la biopolítica, por su parte, la relación del poder con la vida cambia y la soberanía dirige sus esfuerzos al hacer vivir o rechazar la muerte -hacer vivir, dejar morir-. (Foucault, 1992, p. 255).

La biopolítica, o relación del poder con la vida, quiere y debe hacer posible la vida. En este sentido, busca en la ciencia una herramienta efectiva y conducente a la generación de los discursos sobre los cuales necesita apoyar sus prácticas. Un claro ejemplo de la relación saber-poder y control sobre el sujeto y sobre el fin vida se encuentra en la medicina. Como ciencia, ésta ayuda a preservar, maximizar y optimizar la vida; por ello, las fuerzas útiles son concientizadas y obligadas a afiliarse a sistemas de salud, cuidar su cuerpo, controlar la natalidad y la mortalidad, prolongar su vida y todo ello, en tanto, se cumpla el objetivo del poder respecto de la fuerza productiva de trabajo.

La salud es uno de los temas centrales en la biopolítica y politizado con de discursos como la higiene y la salubridad como consecuencia de otro movimiento biopolítico en la década de los sesenta como lo fue la liberación sexual y la aparición en escena de la contaminación ambiental, otro fenómeno que implicaba al colectivo y que, desde entonces, se ha convertido en un fenómeno biopolítico fuerte y creciente hasta el presente.

El tema la liberación sexual desbordó los controles del Estado y amenazó directamente a la población con enfermedades que eran fácilmente propagables e

incurables. Ante tal peligro el Estado controló el tema de la sexualidad y le dio el tratamiento de libertad, es decir, lo concedió, lo reconoció y, de esa manera, pudo controlarlo porque se ocupó de temas como el uso de anticonceptivos, la sexualidad libre pero responsable, el aborto, los anticonceptivos, la salud pública, la privacidad, el cuidado del cuerpo, entre otros. En el caso de la contaminación, la afectación es innegablemente colectiva, pues amenaza el bienestar y supervivencia misma de la especie humana. En este caso, el Estado comienza a crear organismos que estudien el fenómeno y recomienden acciones, así como también comienza la campaña por el uso de antisolares diariamente, gafas de sol, del no abuso a la exposición al sol, de las prácticas más limpias en lo industrial y doméstico, entre otras (Ross, 1991, p.14).

Se observa que no sólo se involucra una ciencia o saber para dar fuerza a los discursos y prácticas del poder en la consecución de sus fines, sino que se va tejendo un entramado de saberes relacionados con estos temas que cada vez abarcan más campos, por tanto, fortalecen los discursos, acrecientan las prácticas, además de legitimar el ejercicio del poder y su control en función de la utilidad, así como de la necesidad. Es el caso del impacto de la contaminación que, como fenómeno, ha alcanzado no sólo impacto en la medicina por la salud, sino, también, en otros saberes como la física, la climatología, la meteorología, la biología, la ecología, las ciencias humanas, entre otras tantas, hasta el punto de conseguir que los saberes tengan presente como objeto de estudio el medio ambiente o como parámetro de los mismos y de sus estrategias, a la par de su cuidado.

Estos fenómenos colectivos que ponen en relación inmediata saber poder con la vida, esto es, lo biopolítico, tienen su respaldo en los derechos colectivos, aquellos que sólo se hacen valer conjuntamente, no aisladamente y que obran en nombre de un interés común. Estos derechos son los equivalentes normativos a los derechos fundamentales o del ciudadano que operan para el sujeto individual, como se observó en la anatomopolítica y se respaldan en la concepción abstracta de cuerpo en la cual se apoya la biopolítica.

Reinterpretación del cuerpo y tanatomopolítica presente

En la modernidad el cuerpo se reinterpretó desde la dualidad impuesta en el Medio Evo: cuerpo-alma; sin embargo, el cuerpo fue puesto en un segundo plano a diferencia del espíritu (o alma moderna), y adquirió, además, significado de cuerpo simbólico y abstracto “lo corpóreo”. Paradójicamente, pese a la preeminencia de lo espiritual frente al cuerpo, en la modernidad se da la liberación legal del

cuerpo y este acto fue el que preparó el camino para la biopolítica en la historia. (Heller & Fehèr, 1995, p. 19). Así, el sujeto de la biopolítica es el cuerpo en abstracto, pero no tiene las pretensiones del modernismo, es posmoderno en tanto las promesas del modernismo respecto al cuerpo no se cumplieron la liberación del cuerpo o la eliminación de las enfermedades y esta frustración buscó una salida colectiva en el reconocimiento legal de sus derechos como colectivos con pretensiones universalistas (Heller & Fehèr, 1995, p. 58).

El cuerpo como sujeto colectivo pierde poco a poco esa delimitación que había establecido el sujeto moderno entre lo privado y lo público, porque el actuar colectivamente implica asegurarse de que todos los que están reclamando lo mismo actúen de acuerdo con sus exigencias y necesidades. Para entender mejor esta pérdida de límites privado público con el sujeto de la biopolítica, Àgnes Heller y Ferenc Fehèr, aportan un ejemplo del concepto “fumar secundariamente” (1995, p. 79), que hace referencia al fumador y los fumadores pasivos. Los autores explican que en la actualidad fumar no sólo es malo para quien lo hace, sino, también, para quienes no lo hacen. De esta forma, se concientiza al colectivo de que si alguien fuma afecta a aquellos que no lo hacen de manera indirecta y con los mismos efectos o peores que la persona que fuma; por lo tanto, el fumador ya no ejercer su derecho –libertad– a dañarse a sí mismo en cualquier espacio, porque los espacios para él cada vez se restringen más y las personas a su alrededor tendrán más razones para excluirlo a razón de su práctica maligna que atenta contra la salud de todos. Este ejemplo explica cómo un acto privado favorece la intervención y el control del Estado en favor de la colectividad y en razón de la vida.

Pero a la par de la vida como una realidad innegable tan deseada, cuidable y querible, se encuentra su fin o ausencia y la necesidad de preguntar por ella en términos de la relación poder-muerte y biopolítica, tal y como se lo preguntó Foucault: “¿cómo es posible que un poder como éste, reivindique la muerte, exija la muerte, haga matar, dé orden de matar, exponga a la muerte no sólo a sus enemigos sino también a sus ciudadanos? Un poder que consiste en hacer vivir ¿cómo puede dejar morir? En un sistema político centrado en el biopoder, ¿cómo es posible ejercer en función de la muerte?” (p. 263). A la relación del poder con la muerte Foucault lo llamó tanatomopolítica.

La muerte ha tenido sus políticas de eliminación frente al individuo y al colectivo sin determinar una diferenciación tan marcada como la enunciada en cuanto a la vida (anatomopolítica y biopolítica). Foucault describe, en su *Genealogía del racismo*, que entre los siglos XVIII y XX las políticas de eliminación no fueron otra cosa que la manifestación del poder del soberano sobre el sujeto o cuerpo en general. Entre los

siglos XVIII y XIX esto se presentó como un racismo de Estado, en otras palabras, la eliminación de otra raza para sobreponer la propia y regenerarla. En términos del darwinismo, se trataba de una selección natural y una lucha por la supervivencia donde se imponía el más fuerte, así “el racismo asegura entonces la función de la muerte en la economía del biopoder, sobre el principio de que la muerte del otro equivale al reforzamiento biológico de sí mismo como miembro de una raza o una población, como elemento en una pluralidad coherente y viviente” (p. 267).

Posteriormente, en el siglo XX y en el XXI este racismo se convertirá en la exclusión y la eliminación por razones económicas, igualmente basado en principios darwinistas de selección natural y de supervivencia. El objetivo de esta política de la muerte legitimada en el discurso del desarrollo tiene como objetivo permitir la muerte o eliminación de lo que queda al margen de los dispositivos de control, en un contexto de desarrollo, subdesarrollo y tercer mundo, exclusión y neo-imperialismo.

El discurso y las prácticas que se han construido alrededor del desarrollo, colapsan en el actual sistema, crisis por crisis; sin embargo, existen, se siguen ampliando y llevan a escenarios de exclusión y de intervención. Lo primero se da por un discurso de indivisibilidad² y necesidad del desarrollo; aquellos países desarrollados, es decir, que promueven el progreso, están llamados a ayudar y a solidarizarse con quienes no pueden hacerlo por sus propios medios: subdesarrollados y tercer mundo que vienen a ser la mayor parte del mundo. Estos últimos, hoy llamados en desarrollo -para no generar exclusión desde el nombre-, deben dejarse guiar y ayudar por los países desarrollados, que ya vivieron con éxito su transformación, son ejemplo de progreso y, como prueba de ello, tienen los medios económicos para prestar su ayuda. Si los países o, incluso, regiones en desarrollo no aceptan la ayuda o no siguen los lineamientos y condiciones de los desarrollados, entonces su desarrollo se pone en cuestión, se observa como poco probable. En este punto se da una exclusión natural, porque en tanto estos países no quieran lo que es

2 En su libro *La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*, Arturo Escobar describe que la creación del concepto de pobreza –que se desprende del concepto de desarrollo- y la determinación de riqueza o pobreza desde el indicador de PIB *per cápita*, la disminución y erradicación de la pobreza empezó a ser un imperativo, era algo mesiánico, se expresaba en términos de salvar al mundo de la pobreza para lo cual se debía garantizar el desarrollo para todos. Se establece para tal fin una relación de interdependencia y estrecha relación entre áreas ricas y las áreas pobres del mundo determinada en la frase hecha por un panel de expertos en 1948 “la verdadera prosperidad del mundo es indivisible” (p. 52) entre otras tantas declaraciones del mismo tipo que apuntaban a salvar al mundo de la pobreza y, por ende, obligaban a las potencias a intervenir en nombre del desarrollo en los países que padecían este flagelo, o sea, la mayor parte del mundo.

deseable, bueno, debido, que hace parte de un universal occidental, frenan el progreso y se oponen al objetivo del desarrollo en sí y deben ser excluidos.

En segundo lugar, frente a la intervención o control que genera el desarrollo, se observa que ella está ligada a la colaboración de los países desarrollados porque, en esta ayuda, los países desarrollados se han asegurado el acceso a recursos y demás. En este punto es preciso señalar cómo el concepto de pobreza se liga directamente a aquello que se excluye en el desarrollo. Este término empezó a tener relevancia política luego de la Segunda Guerra Mundial, momento en el que los países potencias tenían que buscar y asegurar recursos y, por tanto, control sobre los demás, pero esta vez sin la necesidad de generar guerras, pues los recursos no rendirían y la escasez sobrevendría como un penoso problema en su desarrollo. La pobreza, además produjo, como lo expone Arturo Escobar, la necesidad de intervenir sobre poblaciones enteras, puesto que su existencia y forma de comportarse afectaba el desarrollo y, ampliamente, a la economía. La pobreza va unida al desempleo, a la falta de educación, a la disminución de la productividad, a condiciones de precariedad, insalubridad, hacinamiento, enfermedades, problemas sociales, desequilibrios morales y, en fin, todo aquello que afecta lo que una sociedad, que gira en torno a una economía política no puede permitir porque se sale de sus parámetros y afecta sus fines. La pobreza, por consiguiente, comienza a ser intervenida colectivamente y la herramienta por medio de la cual se genera el discurso y la práctica de su control fue el desarrollo (1996, p.54).

En la actualidad, lo que queda por fuera del desarrollo o se discrimina del mismo, está excluido de la biopolítica porque está apartado de los universales y se pierden su reconocimiento y sus cualidades políticas, en otras palabras, si bien es vida, lo es en el sentido meramente de su existir biológico *-zoé-* pero no en el del existir político *-bíos-* que es dado desde las relaciones de poder y cuerpo³ (Couto, sif, p. 3).

La muerte ha cambiado de sentido y se presenta como algo natural, parte de un ritual que ya no es del dominio público sino privado. El racismo y el desarrollo

3 Jorge Couto, basado en la obra *Homo Sacer*, de Giorgio Agamben, explica como nuda vida y existencia política (zoé bíos) son los conceptos contrapuestos en el sujeto de la actualidad en Occidente. Respecto al primero se habla de "la mera vida biológica, que compartimos con todos los seres vivos" (p.3), y la bíos es la que se refiere las "existencias políticas que se le atribuyen a la vida biológica" (p.3) así el trabajador o el ciudadano son formas de existencia política y esta existencia política como se adquiere podría perderse creando nuda vida y, por lo tanto, exclusión del ser mismo en la política y la sociedad. Esta nuda vida se localiza al margen de la biopolítica, pues la vida, la mera existencia sólo es eso, no es útil ni conveniente en las relaciones de poder y sujetos desde la economía política y ninguna razón de gobierno.

son los mecanismos de eliminación que el poder ha utilizado en la modernidad para justificar la muerte desde la política; así, cuando la justificación económica no se aplica, recurre al racismo y su discurso de enemigo-amigo, como coexisten actualmente la anatomopolítica con la biopolítica y la tanatomopolítica. Las técnicas disciplinarias de la anatomopolítica con las de seguridad o mecanismos de control de la biopolítica, así coexisten el racismo y la exclusión por el desarrollo en la tanatomopolítica.

Luego de este paso por la arqueología de la anatomopolítica, biopolítica y tanatomopolítica, es necesario finalizar con el análisis de la genealogía o estudio de los acontecimientos humanos en el presente que permiten describir, organizar e interpretar las realidades presentes, así como complementar y concluir la observación de la propia arqueología.

El presente de las relaciones de poder-saber o dispositivos de control

El quehacer político recae sobre el sujeto político o cuerpo, entendido éste como individuo, especie y, de manera universal, como humanidad. Este poder, ejercido sobre el cuerpo, toma decisiones políticas que son ajenas al sujeto y a su voluntad sobre la vida o la muerte, de igual manera como se observó en el pasado. En el presente, las decisiones sobre la vida y la muerte del sujeto-cuerpo se producen al mismo tiempo en su totalidad. En otras palabras, anatomopolítica, biopolítica y tanatomopolítica, actúan simultáneamente y se complementan en la estructura misma de poder y saber.

El contexto que define la interpretación sobre este momento histórico se enmarca en la globalización económica, la aldea global, el neoliberalismo económico, el liberalismo político, la regionalización mundial y la crisis de todos los sistemas. El anterior, se convierte en un escenario de universalización de los discursos y las prácticas, pero no lo es ni puede serlo.

En cuanto al cuerpo o sujeto sobre el cual recae el poder, la internacionalización de lo gubernamental ha generado que las políticas ya no recaigan sobre un sujeto individual solamente o sobre un sujeto colectivo sino sobre toda la humanidad; los discursos se dirigen a todo el conjunto humano que tratan de universalizarse pese a las resistencias en torno de la aldea global, la globalización económica, los derechos humanos, el medio ambiente, el desarrollo, la salud, la educación, el terrorismo, entre otros, y mediante instituciones como la Organización de Naciones

Unidas –ONU–, la Organización Mundial del Comercio –OMC–, la Organización Mundial de la Salud –OMS–, el Fondo Monetario Internacional –FMI–, el Banco Mundial –BM–, la Organización Internacional del Trabajo y similares que también son de carácter político y supraestatal. El saber y poder del presente siglo producen y desarrollan técnicas disciplinarias a la par de los dispositivos de control con el fin de optimizar la vida y la calidad de la misma, es decir, controlan la población, los recursos y el territorio.

Las relaciones de poder se expresan en la gubernamentalidad entendida como el nuevo arte de gobernar que autolimita sus poderes desde del régimen de la verdad en consonancia con de la economía política, a saber, del liberalismo. Para esta forma de gobierno se constituye un control interno al ejercicio de poder del gobierno, (Foucault, 2007a, p. 36) que se mide en cuanto al exceso o “cómo no gobernar demasiado” (2007a, p. 29) y ya no frente a los parámetros de legitimidad que daba el derecho o control externo del gobierno. El ejercicio de poder fija los principios de la economía política y mide sus actos en términos de necesidad, conveniencia, utilidad, y sus respectivas consecuencias: pérdida, gasto, ganancia, inversión. Pero la gubernamentalidad parte de entender que el Estado no es el gobierno, que éste es una creación o resultado mismo de las relaciones de poder y, por consiguiente, sólo es una herramienta que permite la gubernamentalidad, un instrumento del gobierno, pero no es el gobierno mismo, ni es una realidad terminada, estática, monstruo frío o leviatán que está por encima de la sociedad misma (Foucault, 2006, p. 291).

Las relaciones de poder, en el contexto de la globalización y la internacionalización, tienen como objetivo homogeneizar la sociedad, sus discursos, comportamientos, instituciones y regulaciones, así como formas de interacción con el poder en general. Por ello, las organizaciones mundiales, las asociaciones entre gremios, la regionalización, junto con todo tipo de uniones a partir de identidades de poder o intereses, cobran más fuerza a la par que tratan de imponer sus dinámicas o hacer contrapeso a las dinámicas de otros. El objetivo del poder, sin embargo, sigue siendo, por ahora, maximizar y optimizar la vida, para lo cual los dispositivos disciplinarios, así como los mecanismos de control, se complejizan más con la dinámica de la globalización y del actual neoliberalismo, lo que se ve en la internacionalización de los discursos, la homogeneización de la dualidad enemigo-amigo e, igualmente, en los retos en común de la humanidad.

Al mismo tiempo que se maximiza y optimiza la vida, se genera la exclusión o la eliminación de la misma; ello es así porque las dinámicas del control, los discursos impositivos, además de las diferencias que no encajan en la universalidad

liberal, presentan oposición, resistencia, por ello se busca contrarrestar este efecto, se reduce el sujeto a la inutilidad o la inexistencia política, de ahí los llamados “marginados, anormales y excluidos”.

En ocasiones, la resistencia, la oposición, en general los excluidos, se oponen a los discursos y a las prácticas de poder dominantes con éxito, lo cual lleva a que el poder busque formas para integrar sus intereses, junto con sus necesidades de reconocimiento a sus dinámicas o que las adapte a la conveniencia, así como a la utilidad de sus discursos y prácticas. Lo anterior puede generar políticas globales, incluso si se dan en el contexto de la economía política, pues estas pequeñas fugas o salidas del sistema son las que más adelante modelarían alternativas a una nueva gubernamentalidad, que traería consecuencias para el poder, si se tiene en cuenta que la globalización lleva consigo una conciencia global. En otros términos, a la inclusión de lo excluido e incorporación de diferentes culturas, además de cosmogonías. Para ello, debe crear un nuevo clima político, social y económico, construir una política global conveniente y útil para su discurso, trabajar por la integración, maximización, optimización de los sujetos, para dar lugar a sus particularidades, pues, ¿de qué serviría en términos económicos, sociales y políticos una homogeneización de la humanidad como la que se ha presentado? Más aún, ¿sería esto útil o conveniente para la economía política?

Los discursos mismos de la globalización, de la apertura de fronteras, de la aldea global, descartan la igualdad de la humanidad en saberes y prácticas porque ellos abren un mundo de posibilidades o dan la libertad para que individuos y, de igual forma, las sociedades, se muestren como son, representen diferencias con las cuales enriquezcan al mundo culturalmente, enseñen prácticas útiles o convenientes en ciertos ámbitos que sirvan en un contexto u otro con el fin de facilitar la adaptación y la vida misma; así, la libertad se complejiza porque ya no será lo primordial la libertad del individuo, sino de sociedades enteras y, en términos más neoliberales, de la humanidad. Esta libertad, que ya ha dado paso a cartas fundamentales de derechos humanos que reconocen todo tipo de libertades individuales, cada vez gana más en cuanto al reconocimiento de derechos colectivos que llegan a ser un equivalente a los derechos fundamentales de las sociedades, pues lo permite, lo sustenta y lo soporta el discurso de la globalización.

Ante este reconocimiento legal se hace necesaria la correcta utilización de esta herramienta, en otras palabras, no basta sólo con la declaración sino con el cambio de conciencia, así como de las prácticas arraigadas en lo cultural (Heller & Fehèr. 1995, p. 30). Para ello, el papel del sujeto frente al poder debe ser capaz de invertir la relación arte de gobernar en los agentes económicos por el arte de

governar mínimamente de los agentes sociales y culturales o el arte del gobierno social frente a humanos no frente a sujetos económicos⁴. Ello sólo es viable desde la visión del Estado como un constructo más de la gubernamentalidad, de la economía política que sustenta ese arte de gobernar como interacción de los poderes que a partir de determinado momento histórico dieron lugar a las bases y principios de las actuales relaciones de poder y al cuerpo universal, colectivo e individual, como sujeto que crea, se somete y participa de manera también dinámica para facilitar los fines del poder. Los sujetos podrían tener un nuevo papel para asumir colectivamente las resistencias y exclusiones, si se pensara en cambiar el “arte de gobernar en la racionalidad de los mismos gobernados” (Foucault, 2007a, p. 358) por el arte de gobernar a partir de la racionalidad de los gobernados.

Los objetivos del poder se complementan como nunca entre la anatomopolítica, la biopolítica y la tanatomopolítica, por tanto, se debaten entre optimizar y maximizar la vida, al tiempo que se excluye, elimina y controla la población, los recursos y el territorio. Lo anterior significa que se convive entre dejar vivir, dejar morir, hacer vivir, hacer morir. Ello, por la inminencia de la crisis y la inevitabilidad de buscar salidas y crear discursos y formas de ejercer el poder. En todo caso, no hay una fórmula para reinventar el poder y sus relaciones, pero sí está la esperanza y la historia que asegura que estas relaciones son dinámicas, así sea dentro de sociedades de control y, por tanto, su reinención está siempre presente como posible.

Para concluir, con la sensación de una no resolución, en la postmodernidad el turno es para aquellas diferencias y particularidades que sobreviven pero no son reconocidas aún como podrían serlo en las dinámicas del ejercicio del poder. En este sentido, y con el fin de darle vida y fuerza a la propuesta inconclusa e indeterminada de postmodernidad, Maffesoli (2004) nombra una metáfora de la cual se deduce el método para insertarse en la postmodernidad de ideal comunitario que distará de la imposición de los imperativos racionales de la modernidad: “y aquí les doy una expresión que, de nuevo, encontré en la obra de Ortega y Gasset, de

4 Foucault (2007^a) se refiere a los sujetos económicos de la gubernamentalidad como *homo œconomicus* y sociedad civil. Respecto al primero de ellos como sujeto de interés de la economía política y de la nueva forma de gubernamentalidad; este sujeto está por fuera de la esfera misma del soberano en tanto lo está la economía, es un sujeto “abstracto, ideal y puramente económico” (p. 336) no es un mero sujeto de derecho. El segundo sujeto se refiere a un colectivo, o comunidad, a una agrupación de individuos que actúan como sujetos de interés en sentido general y dentro de la lógica de los sujetos económicos; ambos, *homo œconomicus* y sociedad civil, son “parte del mismo conjunto de la tecnología de la gubernamentalidad liberal” (p. 336).

una forma divertida, que habla de los imperativos atmosféricos. Y me parece una idea muy buena, tiene en cuenta el clima. Tiene en cuenta las particularidades, las maneras de sentir y de respirar y, por tanto, tiene en cuenta una forma de respiración social que no viene impuesta, sino que es la respiración social de la auténtica vida, la de la vida cotidiana” (p.19).

Conclusiones

Las relaciones de poder son variables, por tanto, el ejercicio del poder y su forma de actuar y concebir el sujeto individual y colectivo en ciertos momentos históricos también es cambiante.

La anatomopolítica se refiere a las relaciones del poder con el sujeto individual y su arqueología se enmarca en un Estado Policía que desencadena técnicas disciplinarias, las cuales perduran hoy y se combinan con otros mecanismos de control necesarios para las actuales relaciones.

La biopolítica se refiere a las relaciones de poder ejercidas sobre el cuerpo colectivo, su arqueología se da a partir del XVIII y su genealogía se estudia hasta el presente. Se caracteriza por privilegiar la vida para lo cual la optimiza y maximiza con las técnicas disciplinarias de la anatomopolítica a la par de sus propias técnicas o tecnologías de control que constituyen la actual sociedad normalizada por la economía política ejercida desde la gubernamentalidad.

Las herramientas del quehacer político -técnicas disciplinarias y tecnologías de control- que intervienen la vida o muerte del sujeto político individual o colectivo, son los llamados dispositivos de control, que no son predeterminaciones del poder mismo sino cambios que se dan en un momento histórico dado y que son capaces de afectar la sensibilidad colectiva.

En la actualidad, los objetivos del poder se complementan entre la anatomopolítica, la biopolítica y la tanatomopolítica, por tanto, el poder se debate entre optimizar y maximizar la vida, al tiempo que se excluye, elimina y controla la población, los recursos y el territorio, esto es, se convive entre dejar vivir, dejar morir, hacer vivir, hacer morir. La inminencia de una crisis del sistema debe llevar a buscar salidas y crear discursos y formas de ejercer el poder en donde se construya una relación diferente a la que ha creado para el sujeto la economía del poder y sus fines.

Referencias

- Agamben, G. (Mayo-agosto de 2011) ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica*, 26 (73), 249-264. Recuperado de: <http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/7310.pdf>
- Couto, J. (sif). *Los cuerpos de las tobas y la nuda vida*. Recuperado en: http://comunicacion.fsoc.uba.ar/tesinas_publicadas/2048.pdf
- Deleuze, G. (1988) *¿Qué es un dispositivo?* Recuperado de: http://publicaciones.fba.unlp.edu.ar/wp-content/uploads/2011/08/Qu%C3%A9-es-un-dispositivo_GD.pdf
- Díaz, E. (1998). *La Ciencia y el imaginario social*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- Escobar, A. (1996). *La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá D.C: Editorial Norma.
- Foucault, M. (1992). *Genealogía del racismo*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- (2006). *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2007a). *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2007b). *Historia de la sexualidad I. La Voluntad del saber*. México: Productora Gráfica.
- (2010). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Heller, A. & Feher, F. (1995). *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*. Barcelona: Ediciones Península.
- Maffesoli, M. (2004). Hacia un tribalismo comunitario. *Debats*, (84), 37-46. Recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=846438>
- Ross, A. (1991). Is Global Culture Warming up? *Duke University Press*. (28), 3-33. Recuperado de: <http://www.jstor.org/discover/10.2307/466372?uid=3737664&uid=2&uid=4&sid=21102187663827>